

de éste que tiene necesidad de trabajar para vivir.—A menudo repito la siguiente escena: Dirijo una solicitud á una administración. Se me contesta que pase á casa del jefe. Entro y encuentro á un señor vestido de negro, encorbado sobre una mesa más ó menos encumbrada; continúa escribiendo sin curarse de mi presencia más que de la de un mirlo blanco. Por fin, después de largo tiempo, levanta la cabeza, me mira de soslayo y con una voz brusca: «¿Qué quiere usted?» Le digo mi nombre, la solicitud hecha por mí, la invitación que he recibido de comparecer ante su presencia. Entonces empieza una serie de preguntas y respuestas, siempre las mismas, y que son poco más ó menos las siguientes: ¿Tengo buen carácter de letra? ¿conozco la teneduría de libros? ¿en qué administración he servido? ¿para qué soy apto? etc., etcétera, después: que está abrumado de solicitudes, que no tiene vacantes en sus oficinas, que todo está lleno y que hace falta que me resigne á buscar por otra parte.—Y yo con el corazón oprimido, desaparezco vivamente, triste por no haber podido colocarme, contento de no quedarme en aquella infame barraca. Siento estremecerse en mí todos mis buenos sentimientos, todos mis amores, todo lo que Dios me ha concedido; maldigo á la sociedad que sólo emplea del hombre las más miserables facultades; experimento un inmenso desdén hacia este papel de máquina á que iba á ser reducido, y escucho como una voz que me murmura al oído mis sueños queridos donde vibran dulcemente los nombres de Libertad, de Amor, de Paz y de Dios.—No importa, continuaré mi caza hasta obtener buenos resultados. Mi presa será de la peor especie, algún cuervo duro é indigesto; pero una necesidad imperiosa me empuja hacia adelante.—Eres mi amigo, mi hermano, y sin duda sientes inquietud por mi porvenir material. No temas; tengo un fondo de filosofía estoica, me doblegaré á todo y no seré nunca demasiado miserable.

El domingo último fui con Pablo á la exposición de pintura. Aunque ame las artes, no podré hablarte apenas de esta última manifestación de nuestros artistas. Ignoras los nombres, las diferencias de escuela que los separan, las obras precedentes, y, así, la menor crítica, no tendría interés para ti. Espera á estar en París, á apasionarte por tal ó cual maestro, y entonces podremos admirar si nuestro dios es el mismo, ó discutir si estamos en campos opuestos.—Veo á Pablo muy á menudo. Trabaja mucho y esto nos separa á veces; pero no me lamento de este género de pereza para verme. Aun no hemos hecho ninguna gira, ó mejor dicho, las que hemos hecho no merecen el honor de la pluma. Mañana, domingo, debemos ir á Neuilly á pasar el día á la orilla del Sena, nos bañaremos, beberemos, fumaremos, etc., etc. Pero he aquí que el tiempo se ensombrece, que el viento sopla, que hace frío. Adiós nuestra bella excursión; no sé cómo emplearemos el día.—Pablo va á hacer mi retrato.

Probablemente te lamentarás de la poca extensión de esta carta. Había pensado escribirte una bien larga, pero me han faltado el tiempo y el valor. Esperemos al mes de septiembre.—Para terminar como he comenzado, te acuso un poco de pereza. Escribenos lo más pronto posible, aunque no sea para otra cosa que para decirme que has recibido mis dos cartas y para darme la seguridad de tu salud.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XXIV

París, 18 julio 1861.

Mi querido amigo:

Sin duda será un libro muy grande el que tenga por título: *El poeta*; y en realidad el hombre que em-

prenda semejante tarea con algún talento, no hará una obra mediocre. En mi concepto, he aquí las que serían mis materias de estudio, ó mejor dicho, lo que debería contener el volumen. Ante todo, deducir de la historia comparada de las literaturas detrás de qué ley se manifiesta el gran poeta. Estoy seguro de que se llegaría á una fórmula casi matemática, que tendría indudablemente excepciones, pero que resultaría exacta en la pluralidad de los casos. Así tenemos dos géneros de poetas; los unos pintores fieles de las costumbres de su época, tan grandes como se quiera, pero que no nos atraen más que por una curiosidad de saber; los otros toman del hombre, no la moda de un instante sino el modo de ser eterno; no las ridiculeces y esplendores de una época, pero las inclinaciones y cualidades de la humanidad en todas las edades; de suerte que el libro es de todos los tiempos. Evidentemente estos últimos sobresalen. Podría, pues, decirse desde luego al poeta: No mires, no veas á los hombres, sino al hombre; pinta los siglos y no tu siglo.—No quiero por esto que el poeta viva fuera de su tiempo; por el contrario, que estudie á sus contemporáneos, sus hechos y sus palabras, que los saque á escena, sin necesidad de crear seres aparte y que en mil años el lector pueda reconocerse en sus héroes.

Por otra parte, no cuento mucho con el progreso social, con la civilización, para traer un progreso cualquiera en poesía. Me explico; se me podrá decir que será provechoso al poeta estudiar y pintar un siglo como el nuestro; la ciencia adelanta á diario y las relaciones entre los hombres van disminuyendo en barbarie; á esto respondería por Homero que vivía en los primeros siglos y que, sin embargo, al decir de todos, es el más grande de los poetas. Es menester representarse á la ninfa Poesía, asida á una roca solitaria, y contemplando inmóvil, el tropel de edades deslizándose ante ella; hace seis mil años canta el

hombre el combate eterno del alma y del cuerpo, sin preocuparse jamás de los hombres; y podrán pasar todavía seis mil años haciendo vibrar sobre su lira los mismos estrabillos. Se nota muy poco sentido en poesía á estas palabras: ciencia, civilización.—¿A qué decir en malos versos lo que tantos manuales y tratados os explican en buena prosa? Además, ¿qué puede importarle á la Musa las apariencias más ó menos cultas del hombre cuando no se ve más que la pintura de su alma? Estamos bastante civilizados, ya no comemos con los dedos, no vamos completamente desnudos; está bien; pero se cuida poco la diosa á la que gusta á veces un poco de barbarie. Sé perfectamente que por la ciencia, no se me pide que ponga el álgebra en rima, pero si se pretende que esta álgebra, que debo leer en prosa, abrirá mi juicio y me servirá inmediatamente en mis versos; en una palabra, se me observará que las ciencias y sobre todo las ciencias naturales, me darán un conocimiento más íntimo del hombre y de las cosas, y que así su influencia deberá hacer de mí un más grande poeta de lo que hubiera sido hace dos siglos. No niego esta influencia, pero; esclarece tan poco sobre este enigma que se llama hombre; fecunda mis pensamientos de un modo tan indirecto, que yo la sufro probablemente, pero sin darme cuenta. Si estoy equivocado teóricamente, la experiencia está de mi parte. Citaré de nuevo á Homero, añadiré la Biblia, y en toda nuestra generación de hombres sabios y civilizados, busco vanamente un hombre y un libro semejantes.

—No quiero sostener aquí paradojas; estaría desolado si viese en mis palabras una resolución de gritar contra la ciencia y la civilización. Quiero ser también todo lo tolerante posible con ellas y reconocerlas en poesía, tanto como ellas puedan entrar. Estoy de acuerdo con que le abren horizontes nuevos al poeta; pueden ser un manantial de inspiración. En una palabra: la poesía vive perfectamente sin ellas, pero puede

emplearlas como cualquier otro elemento. Cuanto á saber si este elemento es preferible á los otros, estoy en duda, del mismo modo que dudaba que un progreso en ciencia y civilización pudiese traer uno á la poesía. Se podría resolver la cuestión apoyándose también en las historias comparadas de las literaturas. Así vemos que á medida que Roma se civiliza, la literatura latina decae, lo mismo que el arte griego se altera en los tiempos más civilizados de Atenas. ¿No se deduce de esto que civilización y alta poesía no son sinónimos? Y en efecto, esta palabra civilización, como te lo decía en otro tiempo tiene su buen y su mal sentido; costumbres afeminadas, una mentira perpetua de apariencias; tales son las malas cualidades de los hombres civilizados; evidentemente de cosas parecidas no nacen grandes poetas. Por el contrario una religión mejor entendida, una ciencia luminosa y sólida, una libertad social sin desorden, son las buenas cualidades de los tiempos civilizados, que deben extender las alas de la poesía. Si la civilización de Roma y la de Atenas ha perjudicado á la literatura y al arte, es porque las malas cualidades sobresalían sobre las buenas. En nuestros días no sé dónde está la balanza, pero si queremos dar valor á nuestros poetas, digámosles sin emplear las grandes palabras de la ciencia y la civilización: «Ved: la astronomía cuenta y mide las estrellas; la historia natural ha sondeado el cuerpo humano, cavado la tierra y clasificado cada uno de sus productos; la física y la química nos han enseñado, la una los fenómenos que producen ó que sufren los cuerpos, la otra la composición y las propiedades de éstos; las ciencias exactas son la escala de todos los demás conocimientos. Por otra parte, la justicia y la religión se purifican, la libertad se engrandece; los hombres marchan hacia una fusión general de donde nacerá sin duda una sola nación libre y según el espíritu de Dios. He ahí lo que os ofrece el siglo; tomad á ma-

nos llenas. Sed grandes con esta materia.»—Entonces probablemente, con tales elementos, nacerá una obra sublime que malbaratará mi desdén de poeta para nuestro siglo de luz. Probablemente también el poeta preferirá retirarse bajo los frondosos árboles á cantar sencillamente al hombre tal y como lo han cantado sus padres. Pero me doy cuenta de que me he alejado excesivamente de la cuestión. Es esta la materia de un segundo libro ó por lo menos de un largo capítulo que pudiera titularse: «De la ciencia y de la civilización en sus relaciones con la poesía.»

Como lo dicho hasta aquí es bastante difuso, y expreso mis pensamientos, sin saber bien si se contradicen en el curso de mis juicios, quiero resumir aquí. He dicho que contaba muy poco con que un progreso científico y social trajese aparejado un progreso en poesía; que la poesía puede vivir grande y fuerte, fuera de una ciencia y de una civilización avanzadas, que son éstas dos elementos que se ofrecen al poeta, y que puede hacer surgir lo sublime como lo hacía surgir en otra época de barbarie y de ignorantes hipótesis. Todo esto me lleva á mi idea primera, que es la de considerar que el más grande de los poetas será el que se destaque de los hombres de su tiempo, para pintarnos el hombre de todas las edades. Se puede evidentemente ser tal, siendo el poeta sabio y civilizado.

Hubiera debido decirte ante todo que mi libro es un arte poética; no el arte poética de Boileau limitándose á clasificar los diferentes géneros y á dar algunos consejos desnudos y fríos sobre la forma y ciertas reglas generales que todo el mundo sabe; sino un arte poético universal, que abraza la forma y la idea y dé, en una palabra, la filosofía de la historia literaria. El que yo denominaré el poeta, será en cierto modo todos los grandes poetas del pasado, comparados y fundidos en un solo, tanto como ellos lo permitan. Después de haber estudiado sus maneras de ser, sus fórmulas de existencia; después de haber re-

conocido las mejores en las cuales él se manifiesta, se pasará al estudio de sus relaciones con los diferentes elementos que le rodean. Así se buscará lo que hay en él de ideal y de realidad, por qué puntos toca al cielo y por cuáles á la tierra; se verá cómo empleó las pasiones humanas, sobre todo el amor; qué empleo le dió á la ciencia, á la filosofía, á la religión, á la política. Se podría en seguida, conociendo lo que le ha conducido, buscar lo que ha producido; quiero decir que sabiendo el medio sobre el cual se ha dado á luz, sabiendo además qué resortes le mueven, se estudiará el efecto producido por él sobre su época, sobre sus contemporáneos.

Después se pasaría revista á las grandes cualidades que dominan en él. Por ejemplo, la originalidad, etcétera, etc.; y á más la armonía, la gracia, lo sublime, etc. Estudiando así al poeta por excelencia, se estudiaría por comparación los poetas de segundo y de tercer orden, de suerte que el estudio sería completo.

Finalmente, se llegaría á la forma. Después de haber comparado rápidamente las diferentes lenguas y las rimas diferentes, se vería qué uso ha hecho el poeta, etc.

Esto no será evidentemente más que un estudio preparatorio. Lo que quiero no es hacer una historia de las literaturas, sino apoyarme en ellas para fundar una nueva poética. Quiero plagiar á los grandes poetas las razones de su grandeza en la idea y en la forma, para establecer reglas que puedan hacer nacer grandes poetas. El poeta á quien dé todas las cualidades de los antiguos bardos, será el poeta ideal.

Después de haber seguido al poeta en las edades, lo pondré en medio de la generación actual. Este es el punto á que quería venir: preguntar á la historia qué papel debe jugar en nuestros días; preguntarle si los tiempos le son favorables. Así, para no ocuparme más que de la literatura francesa que es la

que conozco un poco, observo tres épocas netamente determinadas. La primera, la edad media, presentando los caracteres siguientes: poetas que viven de su propia imaginación, sin modelos verdaderamente nacionales; esta literatura nace en los cantos célticos, brilla un instante en los cantares de gesta y en las poesías ligeras de los trovadores, después se extingue. La segunda, el renacimiento, se caracteriza así: una violenta reacción contra la edad media, tan violenta que traspasa el límite y cae en el absurdo con *Du Bartas*; después *Malherbe* ordena la nueva escuela, el siglo XVII la hace brillar y el siglo XVIII la conduce dulcemente á la tumba. En fin la tercera, el romanticismo, nuestra misma época en la que el movimiento no ha acabado todavía; no hemos tenido hasta ahora más que la reacción violenta, esperamos un *Malherbe*. Es menester observar que esta tercera época, lucha como la segunda, contra la que le precede, y que por analogía se debe suponer que todas las fases serán las mismas. Ya ves cómo pretendo servirme de la historia; buscar por la comparación de los siglos pasados, cuál debe ser el poeta de nuestros días, el papel que ha de representar, y cuáles serán sus aspiraciones y las materias de que trate. Bien entendido, por ejemplo más arriba expresado, que no pretendo formular nada. Lanzo mis ideas al correr de la pluma; no es ni siquiera un plan lo que escribo aquí, es el asunto tal y como él viene, sin orden, de un plan que podría hacer alguna vez.

Te hablo del proyecto de una poética, porque me lo ha inspirado cierta idea. Este es uno de los asuntos que podrías desarrollar al salir de las escuelas. Requiere un conocimiento perfecto de la historia, una crítica acabada y juiciosa, un razonamiento conciso y luminoso: tú posees estas cualidades en más alto grado que yo. Por otra parte, un poeta tiene una singular manera de componer una poética. La mayor parte de las veces comienza por hacer su obra sin regla fija,

al azar de la inspiración, luego, terminado su poema, lo releo, ve el camino recorrido á tal paso, y entonces, en un prefacio, justifica su teoría estética, y da como regla aquella que sólo por casualidad ha seguido. No le reprocho por esto; lo que ha establecido después de la experiencia, resulta probablemente mejor que lo que un pretendido buen gusto erige sin haber hecho la aplicación. Por otra parte, cuando sus razones son atendibles, tiene en su favor que el ejemplo, á ciencia cierta, sigue al precepto. Verdad es que no cuenta con más autoridad que sus propios versos; su afectación frisa en orgullo, porque quiere colocarse como jefe de escuela. El es juez y parte al mismo tiempo; se dará, pues, la razón. Sin embargo, lo repito: su prefacio puede ser de gran utilidad, debe tomarse en consideración; pero no debe aceptarse sus juicios hasta después de haberlos juzgado. No obstante, si el poeta hace su poética, un hombre desinteresado puede hacer la poética. Tomará el modo de ver de todos los poetas, los comparará, los fundirá en un solo, y hará surgir los eternos principios de la poesía. Se me dirá, sin duda, que es necesario un poeta para juzgar y dirigir á los poetas. No pretendo confiar esta obra á un chalan, á un traficante en vinos, pero á un hombre amante de lo grande y de la belleza, á un poeta por el espíritu y el carácter y no por los versos más ó menos buenos; sobre todo á un hombre que no tenga que abogar por millares de hemistiquios. El volumen será en prosa, con tanto más motivo cuanto que si estuviese en verso, el autor, debiendo predicar el ejemplo, echaría á perder los mejores preceptos con malos alejandrinos; por otra parte, la prosa es más flexible, y queriendo ante todo hacer un tratado literario y no un poema, el autor podrá servirse de todo con ventaja. Yo tomaría por ejemplo las artes poéticas de Horacio y de Boileau; las dos encierran buenos y bellos versos, pero el que buscase otra cosa, no encontraría más que algunos preceptos generales, muy

buenos en sí mismos, pero sabidos por todos; leyes que son en cierto modo las leyes naturales de la poesía y que resultan innatas en el poeta de buen gusto. Por lo que antes dije, ves lo que debe ser mi nueva poética.—Todas estas razones me hacen repetir y deducir que serás muy apto para semejante trabajo.

He examinado últimamente *La leyenda de los siglos*, última obra editada de Víctor Hugo. Pero no he podido conseguir más que el segundo volumen y tengo tal prisa que no puedo hablarte con seguridad. No obstante te diré: los defectos del gran poeta, estos defectos que son casi cualidades, están mucho más marcados en sus últimos poemas. El verso es más duro, más cortado, más refrenado; pero al mismo tiempo más vigoroso, más conciso, más expresivo. Tú conoces por otra parte este verso sobrio, limpiamente vigoroso, destacando con autoridad irresistible. Sólo que aquí él exagera sus cualidades, que á veces se siente uno tentado á llamar defectos. Las imágenes son siempre bizarras, pero singularmente vigorosas: se ve la cosa más bien que se lee. Por otra parte, abusa un poco de la descripción; pero las descripciones son tan reales en su poesía que no fatiga. Me parece que en esta obra se encuentra menos sensibilidad y emoción jóvenes que en las otras.—Nada formulo; no he hecho más que leer deprisa y corriendo algunos pasajes de uno y de otro lado. ¿Ha decaído el poeta desde las *Hojas de otoño*? lo temo, pero no puedo decirlo con certeza.—No recuerdo más que un verso que me ha chocado por su singularidad. Cierta fauna se introduce en el Olimpo ante los dioses reunidos. El pilla es muy feo, velludo, deforme, etc. A su aspecto los dioses y las diosas son atacados de esa carcajada que les atribuye Homero. Son estallidos formidables; todo rie en el cielo. Luego en su enumeración de risas, el poeta expone este verso:

Y no se puede el trueno contener, él estalla

Un buen gusto puntilloso se ofendería ante este alejandrino; y en efecto, sólo la genialidad puede disculpar su extravagancia. A mí me hace reír y me contentaría con encontrarlo más tarde; es uno de esos puntos en los que el genio mismo no se puede defender; tiembla en los puntos de nuestra pluma, no hace falta más que escribirlo y una vez escrito no hay quien tenga el valor de borrarlo.

Me preguntarás probablemente, por qué esta carta está vacía de interés, vacía de detalles que pudieran interesarte. Tengo dos razones: La primera es porque mi madre debe mudarse de casa y deseo darte una dirección más estable. Dirígeme en adelante tus cartas á la calle de Saint-Nicolas-du-Chardonnet, número 3. La segunda es porque los detalles que desearías son tan insignificantes que no merecen escribirse. Ahí va todo en tres palabras.

Desde hace tiempo veo rara vez á Cézanne. Trabaja en casa de Villevielle, va á Marcoussis, etcétera. Por lo tanto nada se ha roto entre nosotros.—Pienso siempre colocarme pronto. Lo que es cierto es que tendré mi empleo cuando vengas.—Estoy ligado con un economista al cual le retoco las obras en cuanto al estilo. Por su parte me busca un editor y cuenta con presentarme á varios escritores.—En fin, y desgraciadamente, mi salud no es muy buena. Hace mucho tiempo que no paso un día sin dolores. Organos digestivos débiles, opresión en el pecho, erupciones de sangre, etc.; vacilo en ponerme en manos de los médicos; preferiría que se declarase una buena enfermedad; por lo menos me desembarazaría pronto; pero como el mal no se presenta deajo obrar á la naturaleza.

Cuento mucho contigo. Creo que tu llegada aquí será para mí el motivo de mejoría moral y física. ¡Trabaja y llega, y para esto, valor!—Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo, EMILIO ZOLA.

No bien hayas sufrido tu examen, escíbeme el resultado.—No olvides la nueva dirección que te doy y dime á dónde debo dirigirte mis cartas en lo sucesivo.

No leas esta carta sino durante un recreo; es completamente literaria y sin interés directo.

XXV

(Sin fecha.) Debió ser escrita en agosto de 1861.

Mi querido Baille:

He recibido tus dos últimas cartas, la dirigida á casa de Pablo y la dirigida á la mía. Respecto á la que dices haber enviado hacia mediados de mayo, debe haberse perdido.—Te daba estos detalles en una carta que uno de mis tíos que ha ido á Marsella ha debido remitirte últimamente, así como una copia de mi proverbio *Perrette*. Cuando puedas contestarme dime si se ha cumplido fielmente mi comisión.

Tus dos últimas cartas me han causado la más dulce emoción. Tu amistad se muestra en cada línea y en ellas leo el interés que por mí sientes. Te doy las gracias por continuar siéndome fiel en mi desgracia y por no estrechar mi mano por egoísmo y por cálculo. Créeme, mi pobre viejo, unámonos lo más posible; tú tendrás tus penas como yo las mías, y entonces comprenderás cuánto consuela el pensamiento de tener un amigo, es decir: de no estar completamente solo, de sentir un corazón latir á la par del nuestro y amarnos á pesar de las calumnias, de las necedades y de la fortuna.—Voy á contestar hoy á tus dos cartas.

Lo que más me repugna en el mundo es hacer un juicio definitivo de un hombre. Se me presenta una obra de arte, un cuadro, un poema, le examinaré con cuidado y no temeré pronunciarme. Si me equivoco, tendré por excusa mi buena fe. Este cuadro, este poe-

ma son cosas sobre las cuales no se debe volver; no representan más que un valor; si son buenos seguirán eternamente siendo buenos y lo mismo si son malos. Se me cuenta, una acción de un hombre y juzgaré sin vacilar si ha obrado bien ó mal en este acto separado de la vida. Pero si en seguida se viene á exponerme esta cuestión general: «¿Qué piensa usted de este hombre?» trataré de esquivar políticamente la contestación. Y, en efecto, ¿qué juicio hacer sobre un sér que no es una cosa material como un cuadro ni abstracta como una acción? ¿Qué deducir de esta mezcla de bien y de mal que compone una existencia? ¿Qué balanza tomar para pesar exactamente lo que se debe loar y lo que se debe criticar? y sobre todo ¿dónde ir á enterarse de todos los actos de un hombre—porque, si omitis uno solo, vuestro juicio será injusto? En fin, si este hombre no ha muerto, ¿qué buena ó mala conclusión podréis sentar de una vida que puede todavía hacer el mal y el bien? Esto es lo que me decía pensando en mi última carta en que te hablaba de Cézanne. Había probado á juzgarle y á pesar de mi buena fe, me arrepentía de haber sentado una conclusión que, después de todo, no es la verdadera.—No bien ha llegado de Marcoussis, Pablo ha venido á buscarme más afectuoso que nunca; desde entonces pasamos juntos seis horas diarias; nuestro lugar de reunión es su cuartito; allí trabaja en mi retrato; durante este tiempo leo ó charlamos de todo; después, cuando hemos dado demasiado trabajo á los oídos, vamos ordinariamente á fumar una pipa al Luxemburgo. Nuestras conversaciones tocan un poco de todo, particularmente á la pintura; nuestros recuerdos ocupan en ellas un buen puesto; respecto á lo futuro, lo tocamos ligeramente y de pasada, sea para desear nuestra completa reunión, sea para exponernos la terrible cuestión del éxito. A veces Cézanne me hace un discurso sobre la economía y por conclusión, me fuerza á ir á tomar con él una botella de Cerveza. Otras

veces, me canta durante horas enteras una cancioncilla estúpida por las palabras y por la música; entonces declaro en voz alta preferir los discursos sobre la economía. Somos poco desordenados; algunos intrusos vienen de tarde en tarde á lanzarse entre nosotros; Pablo se vuelve á pintar con encarnizamiento; yo tomo la actitud de una esfinge egipcia, y el intruso todo desconcertado ante tanto trabajo, se sienta un instante, no osa moverse y se aleja con un buenos días muy bajo y cerrando la puerta dulcemente.—Desearía darte todavía más detalles; Cézanne tiene numerosos accesos de descorazonamiento; á pesar del menosprecio un poco afectado con que mira á la gloria, veo que desea los honores. Cuando hace algo mal, no habla nada menos que de volver á Aix y de hacerse encargado de una casa de comercio. Entonces tengo que emplear grandes discursos para probarle la estupidez de un tal retorno; él conviene fácilmente y vuelve al trabajo. Sin embargo, le roe esta idea. Dos veces ha estado ya á punto de partir; temo que se me escape de un instante á otro. Si le escribes, trata de hablarle de nuestra reunión próxima con los más atrayentes colores; es el único medio de retenerle. No hemos hecho todavía ninguna excursión; el dinero nos retiene; él no es rico y yo menos. No obstante, un día de estos, esperamos tomar nuestro vuelo y marchar á soñar á cualquier parte.—Para resumir, te diré que á pesar de su monotonía, la existencia que llevamos no es de las más enojosas; el trabajo nos impide bostezar; después cualquier recuerdo combinado entre nosotros lo dora todo con su rayo de sol.—Ven y nos aburrirémos menos todavía.

Vuelvo á tomar esta carta para apoyar lo que te digo más arriba con un hecho ocurrido ayer domingo. Fuí á ver á Pablo un día y me dijo con la mayor sangre fría que estaba con disposición de hacer su maleta para partir á otro día. Para hacer tiempo nos fuimos

al café. No me cuidé de predicarle; estaba tan asombrado y tan persuadido de que mi lógica resultaría inútil que no aventuré la menor objeción. Sin embargo, buscaba un ardid para retenerle, en fin, creído de haberle encontrado, le propuse que hiciese mi retrato. Aceptó la idea con alegría y por esta vez no volvió á hablar más del viaje. Este maldito retrato que debía, según mi opinión, retenerle en París, á estado á pique ayer de echarlo todo por tierra. Después de haberlo empezado dos veces, siempre descontento de él, Pablo quiso acabar y me pidió una última sesión para ayer por la mañana. Ayer, pues, fui á su casa; al entrar vi la maleta abierta, los cajones medio vacíos; Pablo con cara sombría zarraba los objetos y los metía sin orden en la maleta. Después me dijo tranquilamente: «Me voy mañana.—¿Y mi retrato? le pregunté.—Tu retrato—repuso—acabo de romperlo. He querido refocarlo esta mañana y como cada vez está peor, lo he destruido y me voy.»—Me abstuve todavía de toda reflexión. Fuimos á almorzar juntos y no le dejé hasta la noche. Durante el día, volvió á sentimientos más razonables, y al fin al dejarme me prometió quedarse.—Pero esto es una mala recomendación; si no se marcha esta semana, se marchará la próxima; puedes esperar verle partir de un momento á otro.—Hasta creo que hará bien. Pablo puede tener el genio de un gran pintor, pero jamás podrá llegar á serlo. El menor obstáculo le desespera. Lo repito, que se vaya si quiere evitarse muchas inquietudes.

¡Pobres amigos míos! vosotros me dais muy poco valor; el uno sucumbe desde el principio; el otro maldice la carrera que se le hacía emprender. No creeréis cuánto me resiento de vuestra debilidad en la lucha; pienso en nuestra juventud; en el lazo que nos complacemos en tener entre nosotros; me digo que vuestro éxito debía entrañar el mío; y cuando os veo dudar de vuestra inteligencia y juzgarnos incapaces, me

pregunto si no es demasiado orgullo tener aún confianza en la mía y tentar lo que vosotros desesperáis poder hacer. ¿Qué mal viento sopla sobre nosotros? ¿No somos como ayer fuertes los tres y estamos llenos de buena voluntad? ¿Hemos luchado bastante para desesperar de la victoria, y nos vemos obligados á retroceder cuando debíamos avanzar? Os lo digo: no tenéis valor y hasta me lo quitáis; no he renegado como vosotros de mi juventud, ni he dado el adiós á mis sueños de gloria; soy firme todavía y, sin embargo, soy el más miserable, el que más atado se encuentra; y esto, lo declaro sin orgullo, para adquirir una fuerza necesaria y sacar á mi vez en esta fuerza común el resto del valor que me quitaría vuestra debilidad. Apelo á nuestros recuerdos; seamos siempre confiados y entusiastas como en el pasado; sostengámonos mutuamente y marchemos sin inquietarnos por los obstáculos. No importa la carrera emprendida, no importa el ideal soñado; si no tenemos comunidad de instintos, tengámosla de esperanzas y de amistad. Quisiera comunicaros aquí lo que siento; no es una vana sed de renombre, es en cierto modo un deseo de inteligente satisfacción; quisiera vernos grandes por el pensamiento, no para los otros sino para nosotros; quisiera vernos mejores que los otros hombres no teniendo por guías más que el bien, la belleza y la justicia. ¡Oh! ¡valor!

Todo esto lo digo especialmente por ti. Pablo, excelente naturaleza y lleno de dones naturales, no puede, sin embargo, sufrir una amonestación por dulce que sea. Le dejo marchar según su fantasía esperando en el cielo. Pero á ti que me escucharás sin duda, te gritaré continuamente: ¡valor! Las ciencias exactas tal y como se estudian en los colegios te resultan pesadas, fijate en un horizonte superior, vé las matemáticas como las quiere la filosofía conduciendo á la única verdad posible. No pienses más en los muros que te aprisionan, olvida los tres años que tienen que

transcurrir para tí en los colegios; pero considera la vida, tu inteligencia desarrollada y tu libertad de acción; dite que un hombre de talento se revela en todas partes, que puede emprenderlo todo y salir airoso; si existe la idea, la forma vendrá; si tienes vagas aspiraciones, un día ellas tomarán cuerpo y tú serás tú á despecho de los pedantes, del álgebra y de sus grandes, pero fríos compañeros. ¡Valor! Somos dos todavía á esperar; lo que hasta aquí hemos hecho no es nada; somos niños y vamos á convertirnos en hombres. Sal bien de tus exámenes y ven á mi lado; lo que te digó en mis cartas, te lo diré cuando estés aquí para darte energía. Nos reuniremos á menudo y hablaremos del porvenir; fundiremos nuestras inteligencias y trataremos de hacer brillar la verdad. No estamos agotados todavía; nuestro orgullo no nos ha extraviado. ¡Ven, y valor!

¿Qué más te diría para hacerte más fuerte en las pruebas que próximamente vas á tener que sufrir? ¿Te hablaré de mí, no del miserable, sino del poeta? Quiero intentar la publicación de algo, no porque me crea llegado á un grado cualquiera de perfección, sino porque no sigo la teoría del silencio; como te decía hace poco, lo que he hecho hasta aquí no es nada; soy el primero en burlarme de mis obras; tengo á mi vista una idea y una forma más grandes; cotidianamente me elevo un poco más y me parece ver un horizonte más luminoso. Sin embargo, amo mis primeros versos tan malos; á pesar de sus defectos, son para mí un perfume de juventud; no puedo resolverme á condenarlos, á una sombra eternal. Quiero, pues, reunir bajo el título general *Tres amores*, los tres poemas siguientes: *Rodolfo*, *La Aérea* y *Pablo*. Una suerte de lazo existe entre ellos; cierta gradación les hace recorrer casi toda la escala de la pasión, desde la pasión sensual y brutal hasta la pasión ideal y angélica. El primero es el amor por el amor, amando sin razonar y no distinguiendo nunca el alma del

cuerpo. El segundo es la lucha del cuerpo y el alma, el ángel esforzándose por combatir al bruto sin conseguirlo. El tercero, en fin, es la victoria del ángel, el himno puro del amor desligado de la tierra y perdiéndose en el seno de Dios. Hasta en la misma forma la gradación existe, en fin, todo me impulsa á reunirlos y á dar un primer paso. Sé que me aconsejarás esperar todavía; ya te daré de viva voz las razones que me impiden hacer caso de tu consejo. Por otra parte es indispensable que busque un editor y no creo que vaya á encontrarle en seguida. Sin duda llegarás antes de que pueda descubrir uno de estos señores.—Me dijo Pablo que habías escrito una crítica de *Paolo*. Me será muy útil en este momento, aunque haya corregido ya este poema infinidad de veces. Si esas hojas no pesasen demasiado, te diría que me las enyiases. Consulta el peso y tu bolsa; sólo que hace falta que te apresures.

Hablemos ahora del miserable. Sin duda estaré colocado hacia el quince. Retardaba la salida de esta carta para darte la certeza. Disfrutaré de cien francos mensuales por siete horas diarias de trabajo. Con esto no se muere de hambre y se puede todavía ser poeta.—Por otra parte, no te inquietes demasiado por mi posición. Veo las cosas un poco negras, pero río todavía más á menudo de lo que piensas.

Iré, sin duda, al Mediodía, si Pablo no parte hasta el mes de septiembre, pero no creo que espere hasta entonces. Serán quince días más de separación entre nosotros. Cuando veas á Pablo, júzgale severamente.

Ya no te escribiré más hasta el 20 y como, á partir de esta época, no sabré á dónde dirigirte mis cartas, esperaré ante todo una tuya. Así, pues, escríbeme hacia el 20 como me lo prometes indicándome á dónde te dirijo la correspondencia si á Aix ó á Marsella, yo te contestaré.—Mis respetos á tus padres.

Te estrecho la mano. ¡Valor!

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Decididamente Pablo permanecerá en París hasta el mes de septiembre; pero ¿es esta su última decisión? Tengo, no obstante la esperanza de que no cambie.

XXVI

París, 18 septiembre 1862.

Amigos míos:

El sol brilla y estoy encerrado. Miro desde hace una hora á los albañiles que trabajan en frente de mi ventana; van, vienen, suben, bajan y parecen muy felices. Estoy sentado, contando los minutos que faltan para las seis. ¡Ah! ¡maldita tristeza! este es el estribillo de todas mis canciones.

He comenzado para mí mayor inquietud, un poema sobre Juana de Arco. Jamás asunto alguno ha presentado para mí parecidas dificultades, tanto más cuanto que lo he tomado desde un punto de vista que excluye las banalidades ordinarias. Quiero crear una Juana sencilla, que hable como debe de hablar una jovencita; nada de grandes palabras, nada de exclamaciones, de lirismo más ó menos en su lugar; una narración grande en su sencillez, un verso sobrio que diga claramente lo que quiere decir. ¿No es esto una modesta ambición? Quanto más avanzo con más gusto voy aceptando á Moliere como maestro; el sol, la luna, las flores, etc., son, sin duda bellos, pero un pensamiento verdadero, dicho sin énfasis, tiene también su mérito. Creo que decididamente vuelvo al verso cómico; trabajaría sin duda para el teatro; pero no quiero escribir nada para la escena antes de los veintiocho ó treinta años. Hasta entonces; acabemos de cansarnos de epítetos ociosos, de retazos de efecto, de antítesis aullando en su acoplamiento. Hagamos poemas líricos en espera de algo mejor.—Juan me atormenta seguramente; acabaré por sacar alguna cosa de esta idea; pero me preparo veladas tempestuosas. Cuando venga Baille, podré someter á su aprobación al

gunos fragmentos terminados del poema; marchó muy lentamente. Me encuentro en un día de esperanza. Hay tantos imbéciles, que es fácil salir del montón, por poco inteligente que se sea. Tengamos energía y trabajemos. Luego, esta mañana, fumando una pipa al sol mientras venía á mi oficina, he tenido un alegre pensamiento. Un día—me he dicho—tal vez dentro de un año, quizá dentro de diez, me será permitido ir á dar una vuelta por Provenza. ¡Con qué placer volveré á ver el árbol á cuya sombra me he sentado; el sendero por donde paseamos nuestros sueños de diez y seis años mis viejos amigos y yo! Estaremos todavía juntos y esto será una fiesta para nosotros. Viejos probablemente, más ó menos entrados en la vida de acción, viviremos durante un mes la vida de otro tiempo; ¡Ah! las bellas partidas, los largos charloteos, cómo nos reposarán en este pasado de las fatigas presentes! Este día llegará, id; probablemente habremos marchado largas horas; nos encontraremos separados, viviendo en mundos diferentes, innegablemente favorecidos por la suerte, no obstante no tendremos más que un alma para sentir el perfume vago de nuestra juventud. ¡Oh! el día esplendente en que tengamos la ventura de hablar de nuestros recuerdos!

Decididamente estoy regocijado en mi tristeza de hoy. Voy á trabajar hasta media noche, y si hago un buen verso, como hice uno ayer, esta será mi provisión de alegría para mañana. ¡Soy un pobre loco!

Me encuentro bien, un poco solo. Resueltamente hace falta que en noviembre mi corazón se una á otro; una visión es buena á los diez y seis años; á los veinte, y cuando se lleva una vida como la mía, hace falta una realidad. El trabajo codicioso y encarnizado, no basta para poder olvidar. Estoy convencido de que nada apaga el apetito como comer mucho. Tengo un hambre atroz. No sé lo que acabo de escribir, pero me inquieta poco. Quería decir sencillamente que me descuidáis, no he necesitado esforzarme para lle-